

Conde á Grocomar é á Plusmadino, é á Bertolay é á Salmedon, que eran adelantados de su casa é sus consejeros, é hobieron grandes palabras sobre ello, é preguntóles qué les parecía de aquella acusacion que la Condesa su madre facia contra la Condesa su mujer; é ellos dijieron que pues la Condesa su madre queria dar reptador sobre esto fecho, que convenie á la condesa Isonberta, su mujer, de dar lidiador por sí que la salvase deste acusacion. E el Conde, desque vió que no podia ál pasar sobre esto, segun la costumbre, é que si otra cosa ficiese, que seria gran denuesto dél, dió hí consejo cual vos contarémos adelante.

CAPITULO LXII.

Cómo el conde Eustacio se tornó para Portemisa, é de cómo era juzgada su mujer que la matasen si no diese caballero que la defendiese.

Ordenado era de la voluntad de Dios todo este fecho; é luego otro día de gran mañana cabalgó el conde Eustacio é tornóse para la cibdad de Portemisa, é contó todo este fecho á Isonberta, su mujer, así como lo habedes oido é díjole así: que no se podia salvar de aquella acusacion sino de aquella manera que oistes ya; é ella, cuando aquello oyó, fué muy cuitada, no porque ella se sentia por culpada de aquel fecho, mas porque no podia haber quien tomase su voz para lidiar por ella. Entonce hobieron de hacer cortes sobre esta razon; é las cortes ayuntadas, fallaron é acordaron que diesen plazo á la condesa Isonberta á que diese lidiador por ella, é si al plazo no diese quien lidiase por ella, que la quemasen; ca esta era la justicia que facian en aquella tierra á toda dueña que culpada fuese en tal caso como este. E desque Isonberta vió que no podia otra cosa ser sino pasar por la sentencia que era ya dada, comenzó á rogar á muchos de sus caballeros á quien ella habia fecho mucha honra, que quisiesen tomar aquel fecho por ella, é que ella gelo galardonaria cuanto ella pudiese; ca ella tenia derecho, é scaparia muy bien, con la merced de Dios. E desque lo hobo rogado á todos, nunca pudo haber ninguno que por ella quisiese lidiar; lo uno, porque tenian que era culpada en el fecho de que la acusaban; lo otro, porque ninguno no se atrevia á ir contra lo que sabian que era voluntad de la condesa Ginesa, madre del Conde, que tenia este fecho muy á pechos. E aquella hora, desque la condesa Isonberta vió que no podia haber lidiador ninguno por sí, alzó las manos á nuestro Señor Dios, é pidióle merced, rogándole é diciéndole que él sabia que no era culpada de aquello que le acusaban, é que por su merced quisiese mostrar algun milagro sobre ella; é que no toviere por bien ni lo sufriese, que por tan gran falsedad fuese menguada su verdad é el su derecho; é este ruego fizo ella el viérnes en la noche, que era ante del domingo en que la habian á justiciar; é fizolo muy humildemente de todo corazon á nuestro Señor Jesucristo; ca veía ella que otro acorro ninguno no podia haber sino el de Dios. E este ruego le fué rescebido muy bien; ca nuestro Señor Jesucristo mostró allí milagro, como agora oirédes.

CAPITULO LXIII.

Cómo nuestro Señor acorrió á la condesa Isonberta.

La condesa Isonberta estando en este peligro, nuestro Señor quiso guardar el fecho, é lo que en ella habia comenzado, é llevarlo adelante. Envió el su ángel al ermitaño Gabriel, á la primera hora de la noche, que le dijiese cómo el primer domingo que venia habian de quemar á su madre de aquel mozo que estaba con él, é que supiese qu'el mozo era hijo del conde Eustacio é de la condesa Isonberta, é que por aquel acusacion del adulterio porque la Condesa pariera á este mozo con los otros seis qu'él criara, que por eso querian en ella facer justicia. Mas que enviase este mozo que hiciese armas con el caballero que la condesa Ginesa, madre del Conde, daba por reptador, é que supiese que venceria aqueste mozo, é así salvaria á su madre de aquel peligro en que estaba. E el mozo, despues que al caballero hobiese vencido, que fuese luego para el Conde é le besase las manos é los piés, é quel dijese cómo era su hijo, é que nasciera con los otros seis sus hermanos por que la condesa Isonberta era acusada de aquel adulterio; é sobre esto avisó mucho el ángel al ermitaño, que no tardase de enviar aquel mozo, mas que le enviase luego antes que amaneciese, é el mozo que no ficiere sino irse cuanto mas pudiese, ca supiese que Dios era con él. E cuando el ángel esto hobo dicho al ermitaño, no se detovo poco ni mucho de lo decir al mozo, así como el ángel lo dijiera á él; é desque el mozo oyó este mensaje qu'el ermitaño le dijo, fué muy alegre por ello, é no se detuvo de se ir cuanto él pudo, é el ermitaño con él para guiarle, en manera que cuando llegaron á la cibdad de Portemisa era ya noche tarde, é posaron debajo de un portal de una iglesia. E cuando vino facia la mañana parecióle el ángel al mozo, é el mozo, cuando lo vió, hobo muy gran miedo; é el ángel le dijo: «Amigo de Dios, no temas. Sepas que Dios es contigo é te ha prometido gracia que seas defensor por las viudas é por las huérfanas, é por las que fueran acusadas á tuerto ó desheredadas de lo suyo sin derecho.» Cuando esto oyó el mozo hobo muy gran alegría en su corazon é esforzóse, é dijo al ángel: «Señor, ¿quién sois vos, que esto me decidés, ó cómo habeis nombre?» Respondióle el ángel é díjole: «¿Qué quierés tú saber de mi nombre? ca maravilloso es; mas cree firmemente que esta gracia te ha Dios otorgado, é mañana salvarás á tu madre; é este será el primero comienzo de gracia que te ha otorgado Jesucristo.» E desque esto le hobo dicho desaparecióle, é el mozo quedó muy conhortado. En esto comenzó amanecer, é el ermitaño despertó é vió al mozo muy alegre, é díjole: «Fijo, ¿cómo estás tan alegre?» E el mozo contóle todo lo que viera, segun habeis oido. E cuando esto oyó el ermitaño fué al mozo é comenzóle á besar los ojos é la cara, é á castigarlo como ficiere; é en esto comenzó á salir el sol, é salieron del portal; é en saliendo oyeron una campanilla tañer dentro en la iglesia, é tornaron é vieron el cuerpo de Dios. E el ermitaño mostró al mozo cómo rogase á Dios que le ayudase. Desí salieron de la iglesia é fuéronse yendo para la villa. Esto podría ser mas de hora de tercia, ca mucho se habian

detenido en la iglesia; é en yendo por la villa, encontraron á su madre del mozo do la levaban á quemar; é delante della iba el caballero que habia de lidiar por la condesa Ginesa, que la habia acusado; é iba en muy buen caballo é muy bien armado á maravilla; é por eso iba allí tan presto, porque si la condesa Isonberta hobiese lidiador por sí, que lidiase él luego allí con él, é se no detoviese por ninguna cosa; é iba allí el conde Eustacio. E desque esto vió el mozo, entendió lo que le habia dicho el ángel, que estaba ya en ello é que verdad era. Entonce llegóse el mozo al Conde é díjole: «Señor Conde, si vos toviédes por bien, querria yo salvar esta dueña de lo que ella es acusada.» Entonce comenzó el Conde á sonreirse é á maravillarse mucho de aquella palabra que aquel mozo le dijiera, é díjole: «Amigo, par Dios, flaca costilla veo en vos para lidiar con aquel caballero que allí va, é no vos aconsejó bien quien esto vos mandó decir.» Entonce dijo el mozo al Conde: «Señor, pídovos por merced que me mandeis dar caballo é armas, ca yo quiero lidiar con él, é yo fio en la merced de Dios, é por el derecho que la dueña tiene, que yo le mataré ó sacaré del campo; é con lo que yo hobiere de facer, é con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, por mí no faltará, con el derecho que ella tiene.» El Conde tenia esto en nada, en manera que daba poco por ello, no porque á él no pluguiese que Isonberta hobiese lidiador por sí, mas porquel semejaba el mozo tan pequeño, que cuanto decia era todo con poco recaudo, é por tanto, no tornaba respuesta; mas en esto Bandoval, que iba muy cerca del Conde, así como aquel que era muy su privado, díjole: «Señor Conde, en el derecho de la dueña vos no habedes de quitar poco ni mucho, ca vos non podria estar bien; é lo que dice este mozo vos cumple; é no querádes que á la dueña falte un punto de su derecho por vos; ca yo quiero dar mi caballo é mis armas á este mozo porque el derecho sea guardado, si quiere, como es juzgado.» Entonce dijo el Conde que lo queria é que le placia muy de corazon si pudiese ser, é que lo fuese á probar. E mandó é esa hora á Bandoval que le fuese á dar su caballo á sus armas, é que guisase cómo le armase muy bien. Esto supo Bandoval facer muy bien, como aquel que era caballero muy bueno é alegre en hallar camino por do la condesa Isonberta fuese libre é quita é salva de aquel pecado que la acusaban á falsedad. E como quier que el mozo tenia buen corazon é esfuerzo con el poder de Dios, Bandoval, que habia el fecho muy á su cargo, en armándole, comenzóle á esforzar quanto él podia é en cuantas maneras él mejor entendia é sabia. Cuando esto vió el ermitaño Gabriel, que estaba aun con el mozo, dejóle, é fué corriendo para la iglesia do albergaran, é fincó los hinojos ante el altar, é comenzó á rogar á Jesucristo muy de corazon por el mozo, que le ayudase en aquella lid, porque salvase á su madre.

CAPITULO LXIV.

Cómo el mozo su hijo del Conde entró en campo con el lidiador de la condesa Ginesa, é lo mató.

Desque fué muy bien armado el mozo, fué muy esforzadamente é metióse en el campo con el caballero rep-

tador que habia de lidiar por la condesa Ginesa; é en estando ellos así, mandó luego el Conde poner fieles que guardasen el campo é la raya. Entonce aguijó el mozo contra el caballero, é tenianlo todos por gran maravilla, porque aquel mozo tan pequeño se atrevia contra aquel caballero tan grande é tan valiente; é fuéronse á ferir uno á otro, é diéronse muy grandes golpes en los escudos, en manera que las rachas dellos saltaron muy altas; é cuando vió el caballero que el mozo no le podia volver en la silla, poco ni mucho, á ninguna parte, por su golpe grande que le dió, é que tan firme lo fallaba en su cabalgar, entendió que cuanto él sabia todo le era menester. Entonces se arredraron el uno del otro, é tornaron de comienzo otrosí el uno para el otro, é fuéronse ferir é diéronse grandes golpes, veyéndolo el Conde é toda la gente que estaba al derredor. Mas el mozo tuvo la lanza tan fuerte é empujola tanto adelante, que le falsó el peripunte é la loriga, ca lo ferió en descubierto del escudo é entróle por el cuerpo; así que, le echó la lanza á la otra parte por las espaldas bien un codo é dió con él en tierra. Entonce descendió preciado é metió mano á la espada, é llegó á él é cortóle la cabeza con su yelmo; é desque esto hobo fecho miró á los fieles, é preguntóles si habia allí mas que facer; é los fieles dijieron que bastaba lo que fecho habia; é allí juzgaron luego á la condesa Isonberta é diéronla por quita. Entonces el mozo sobió en su caballo é fuése para el Conde, é desque fué acerca dél descendió del caballo é fincó los hinojos ante el conde Eustacio, é abajóse é besóle las manos é los piés, é díjole: «Señor Conde, yo só vuestro fijo de aquella dueña de quien vos queríades facer esta justicia; é conmigo nascieron otros seis infantes, mis hermanos, é son vuestros hijos, por cuya razon fué acusada de adulterio, de que ella se salvó hoy por la merced de Dios.» E diciendo esto el mozo, llegó el ermitaño, é comenzó de abrazarlo é besarle los ojos é la cara, é llorar de gran alegría que habia con él; é desque esto vió é oyó el Conde, fué dello muy alegre á gran maravilla, é llamó á todos sus privados é á todos sus caballeros que eran en su corte, é contóles todo aquel fecho, como habia pasado por él, segun que ya oistes; é fablaron todos de tan maño milagro como Dios habia mostrado sobre ello. El Conde envió luego por la Condesa su mujer, é desque llegó díjole así: «Condesa, mucho debeis gradecer á Dios el bien é la merced que vos hoy fizo en vos salvar de tan gran peligro como estábades, é demás, que quiso que fuese este fecho por vuestro fijo mesmo; é védes aquí este mozo que vos salvó; este mesmo es vuestro fijo, é no debédes dudar en ello poco ni mucho, ca trae ende señales ciertas, é cuando otra señal no trajiese sino el collar de oro que trae al cuello, por aquello lo debemos creer.» Cuando esto oyó la condesa Isonberta, ¿quién vos podria decir la gran alegría que hobo? E fué luego al mozo corriendo, é comenzóle á besar en la boca é en la cara é en los ojos, é en las manos é en los piés; é facia tan gran alegría, que semejaba loca, é comenzaron entonce á facer todos la mayor alegría que podria ser.

CAPÍTULO LXV.

Cómo fué muy alegre el conde Eustacio cuando supo que aquel mozo era su hijo, é cómo le preguntó por los otros.

Muy alegre estaba el conde Eustacio con aquello todo que había pasado, porque la condesa Isonberta fuera tan bien librada de aquella sentencia de la muerte, é por aquel hijo que le mostrara Dios. Mas preguntó luego allí al hijo si los otros sus hermanos si eran vivos ó qué fuera dellos. El mozo respondió, é dijo que no sabía mas que en aquel lugar do ellos fueran criados, que en ese se criara él con ellos muy gran tiempo, é que aquel ermitaño que estaba cerca dél los había criado, é que le preguntasen, ca él gelo diría todo en cómo pasara. E el Conde preguntó al ermitaño por todo el fecho cómo había pasado; é el ermitaño contógelo todo muy bien, como aquel que había pasado por en ello; é sobre todas las otras preguntas qu'el Conde hizo, le afinó mucho por los otros mozos á quien los hobiera dado, ó qué ficiera dellos. El ermitaño, veyéndose del Conde tan afinado, contóle todo el fecho por orden como le contesciera con aquellos mozos, segun que es dicho, é cómo los diera á la condesa Ginesa, que gelos demandara, pensando que les faría mas bien que no él; é desde que gelos él diera, que los no viera mas ni acaesciera despues en aquel castillo. El Conde, desde que oyó aquellas razones, no fué tan grande el alegría, que muy mayor no fué el pesar, ca creyó que ellos eran caidos en poder de la Condesa su madre, é que no podría otra cosa ser, segun él sabia la crueldad della, sino que los habría muerto; é cabalgó luego, é fuése para ella, é levó consigo el ermitaño é aquel mozo su hijo; é desde que llegó é se vieron, é se asentaron á hablar é haber sus razones, comenzó el Conde á afinar á la Condesa muy fuertemente, é preguntóle por aquellos infantes que aquel ermitaño le había dado, que qué era dellos ó qué los ficiera; é ella comenzó entonce á decir que tales mozos nunca aquel ermitaño ni otro hombre del mundo gelos diera, ni entendía qué era aquello que decian en aquella razon, ni nunca los viera.

CAPÍTULO LXVI.

Cómo el conde Eustacio preguntó á su madre la Condesa por los collares, é de cómo la mandó tapiar.

Cuando el Conde oyó aquella razon que la Condesa había dicho, fué muy sañudo, é mandó luego llamar al ermitaño, é dijole que dijese ante la Condesa lo que había dicho á él, é el ermitaño dijole todo segun que habeis oido. Así tornó el Conde en su razon contra la Condesa, afinándola mucho, tanto, que le dijo que si recaudo no le diese dellos, que un hecho tal faría que todo el mundo hobiese que decir; é la Condesa, desde que vió qu'el Conde era tan sañudo, é que si mas le creciese la saña, que se podría ella fallar mal, é oyó, otrosí, lo que el ermitaño decía, descubrió ella la cosa, é contógelo todo segun que lo ella había fecho é obrado, é cómo fuera de los mozos su fecho tan extraño como oistes. Estonce el Conde mandó prender á la Condesa, é demandóle por los collares de oro que quitara á los niños; é dijo ella cómo mandara un platero

facer dellos una copa con que bebiese; é el Conde hizo luego enviar por el platero, é él vino luego ante él, é demandóle el Conde que si quedó algún collar de aquellos que le diera la Condesa para facer la copa; é el maestro, como era hombre bueno é leal é de verdad, é demás, que gelo demandaba tal hombre, á quien no debía mentir, dijo cómo fincaran de los seis collares los cinco, é que del uno ficiera la copa. El Conde mandóle que gelos trajese, é el platero trájoslos luego é diógelos, é el Conde le hizo gran merced por ellos, porque los supiera tan bien guardar. El Conde, así como hobo los collares en su poder, miró el collar que tenía aquel su hijo en el pescuezo, é vió que se parecían todos seis mucho, tanto, que cuando los cataba uno á uno, no fallaba que había en ellos diferencia ninguna; é desde que esto vió el Conde, creyó que si Dios le quisiese mostrar á aquellos mozos, sus hijos, que se ficieran cisnes, que poniéndoles los collares, que así como se tornaran cisnes cuando gelos quitaran, que si los él pudiese haber ó fallar, é gelos posiesen, que se tornarian mozos, como lo ante eran; é cuando esto oyó el mozo hijo del Conde, dijo así: «Señor, un lago hay cerca de aquel lugar do yo fui criado, é andan ahí seis cisnes muy fermosos, é son tan mansos, que vienen al hombre; é, señor Conde, preguntadlo al ermitaño, ca él sabrá decirvos lo que non yo.» Entonce tornóse el Conde al Ermitaño, é comenzóle á preguntar qué cisnes eran aquellos que el mozo decía; é el ermitaño, como era hombre bueno é entendido, comenzó su razon en esta guisa: «Señor conde don Eustacio, yo só un hombre que no vos mentiré en ninguna manera: verdad es, segun vos el mozo dice, ca en la montaña do yo non hay un lago muy grande; é yo pasando un día cerca de aquel lago, iba conmigo este mozo vuestro hijo, é vimos salir del lago seis cisnes muy grandes é muy fermosos, é vinieron derechos para nosotros, é comenzaron á facer continente de gran alegría, é á ferir de las alas, é los unos me sobian en los hombros, é los otros en el regazo, é esto mesmo facian á este mozo; é yo cuando esto vi fui maravillado, ca nunca en ningún tiempo viera otros tales cisnes en aquel lago; é comencé mucho á cuidar en ellos, é nunca pude pensar qué podría ser; mas agora creo que son los vuestros hijos ciertamente, ca muy mansos vienen á hombre é comen quequier que les dan, é en tanto que hombre está con ellos, nunca se enojan de estar con él.» Cuando esto oyó el Conde fué muy alegre, ca ciertamente creyó que estos podrían ser; é por ende hizo luego justicia de su madre, é mandóla tapiar de tapias muy altas, é allí la encerró, é defendió que no la diesen á comer ni á beber, é desta guisa murió la condesa Ginesa entre aquellas tapias.

CAPÍTULO LXVII.

Cómo el Conde fué con los collares donde estaban los cisnes, é levó consigo á Gabriel el ermitaño é á su hijo.

Aquel conde Eustacio, fecha aquella justicia, cabalgó, é levó consigo aquel ermitaño Gabriel é á su hijo; é otrosí levó consigo sus caballeros, é levaron consigo sus azores, falcones é sus canes para andar á cazar, pues que iban á las montañas. Otrosí hizo levar sabue-

ros é alanos é monteros para correr monte é para andar á su placer muy vicioso. E anduvo así fasta que llegaron á aquel lago quel dijiera el Ermitaño en que estaban los cisnes; é en llegándose á la orilla de aquel lago, vieron á ojo los cisnes; é luego el Conde, cuando les vió, preguntó á su hijo si eran aquellos los cisnes que él dijiera, é él dijo que sí; é entonce preguntó al ermitaño que cómo farian, é él dijole: «Señor Conde, si vos toviesedes por bien que descendiesedes vos é el mozo, é yo con vosotros, é que nos fuésemos llegando mas al lago.» E el Conde tóvelo por bien, é descendió, é tomó su hijo delante de sí, é el ermitaño con él; é fuéronse llegando contra el lago, é así como el Conde se iba mas llegando á la ribera deste lago, así los cisnes iban saliendo mas á la orilla dél, é el Conde é las otras compañías mirando los cisnes cómo facian fasta que salieron por el campo fuera del lago, yendo contra el ermitaño é contra el mozo, é otrosí contra el Conde, por rescibirlos. E cuando fueron arredrados del agua cuanto podria ser cuatro pasadas, fuéronse para el Conde é abajaron las cabezas cada uno dellos, é llegaron á él é besáronle las manos con los picos, é desí fuéronse para el mozo su hermano é para el ermitaño, é ficieron con ellos muy gran alegría, como facian las otras veces cuando por allí pasaban é los veían é salían á ellos; é comenzaronles á sobir en los hombros é á ferir muy fuertemente de las alas é á facer muy gran alegría. El Conde, cuando estas señales vió, entendió muy bien que aquellos eran sus hijos, é hobo endemuy gran placer; é demandó el Conde luego allí por los collares, é diérongelos muy ahina. El Conde, desde que los tovo, asentóse en tierra, é los cisnes, desde que lo vieron así asentado, fuéronse para él é llegaron mas é besáronle las manos; é así como iban llegando por besarle las manos, así les ponía él su collar de oro á cada uno al cuello, é luego se tornaba mozo; é acaesció una gran maravilla entonce: que ninguno de aquellos cinco cisnes que se tornaron mozos, como ante eran, ninguno dellos no quiso recibir otro collar sino aquel que fuera suyo antes que gelos quitasen; é así les puso el Conde los cinco collares á los cinco cisnes, é tornáronse mozos de la edad del otro mozo su hermano, é cumplía cada uno diez é seis años, é tanto había morado su padre el Conde en la frontera, como ya oistes.

CAPÍTULO LXVIII.

Cómo se tornaron los cinco cisnes mozos con los collares, é cómo el otro quedó cisne.

Tornados aquellos cisnes en mozos, é cobrados el Conde sus hijos, salvo uno, que fincaba cisne por razon del collar que le falleciera, de que el platero ficiera la copa, comenzó á dar grandes gritos é tirarse de sus peñolas é mesarse todo; é tan grandes eran las voces é los gritos que daba, que todo el lago reteñie, que no había hombre que cerca del lago estuviese que lo non atronase é le non ficiese doler la cabeza. Pero desde que vió que se iban sus hermanos, comenzóse á ir con ellos; é cuando esto vió el Conde plúgole mucho, é mandó facer sobre una acémila una cama muy buena, é descendió él mesmo, é tomó el cisne muy paso é púsole en la acémila sobre aquella cama. Cuando esto vió el cis-

ne comenzó á ferir de las alas, como en manera de alegría; é mandó al ermitaño que subiese en el acémila con él. E desta guisa cobró el conde Eustacio todos sus siete hijos, é fuése luego con ellos para Portemisa, é mostrólos luego á la condesa Isonberta, su madre dellos. E cuando los ella vió, tan grande fué el alegría, que por poco no saliera de su seso; mas desde que vió el cisne, é le contaron por cuál razon fincara cisne, hobo ende tamaño pesar, que cayó amortescida. E cuando acordó contóle el Conde cómo los fallara en aquel lago que le mostrara el ermitaño Gabriel; é dijole, otrosí, todo lo que le contesciera con la condesa Ginesa, su madre, é cómo había fecho en ella aquella justicia que oistes; é contóle todas las otras cosas que le acaescieran é por que pasara por amor de cobrar sus hijos. E cuando esto oyó la condesa Isonberta, mandó llamar al ermitaño Gabriel, é desde que le vió fué por besarle los piés, é él alzóla é besóle las manos; é desí despidióse della é del Conde, é bendijo á sus criados uno á uno, é tornóse para su ermita. Entonce comenzaron á venir á esa ciudad todos los ricos hombres é todos los otros caballeros de su tierra, tan bien vasallos, como otros de fuera de su tierra, á ver aquellos mozos é aquella maravilla, é aquel miraglo que sonaba que Dios ficiera en ellos, é allí facía él con todos ellos muy grandes alegrías á maravilla; é allí dió luego el Conde á cada uno de sus hijos tierras que toviesen, é caballeros que los sirviesen é los guardasen. E estos mozos salieron todos muy buenos caballeros de armas, é conquistó el Conde su padre con ellos muy gran tierra de moros é acrescentó mucho en su condado. Mas, como quier que todos los otros eran buenos é muy esforzados en fecho de armas, el mozo que lidió por salvar á su madre fué el mejor dellos, é era el mayor dellos de cuerpo é el mas apuesto, é el que nació primero; ca su madre los mandara señalar cuáles eran los mayores, é cuál el menor de todos. E este cisne, desde que vió su madre, fuéle besar las manos con su pico, é comenzó á ferir de las alas é facer gran alegría é subirle en el regazo, é nunca todo el día se quería partir della; é era tan bien acostumbrado, que nunca comía sino cuando ella, é nunca se quitaba de los hombros, é todo el día quería estar con ellos, é no le menguaba otra cosa para ser hombre, ca sinon la palabra é el cuerpo, que no había de hombre, bien tenia entendimiento. E aquel mozo que lidió por su madre hobo esta gracia de nuestro Señor Dios sobre todas las otras gracias que él le ficiera: que fuese vencedor de todos los pleitos é de todos los rieptos que se ficiesen contra dueña que fuese forzada de lo suyo ó reptada como no debía; é aquel su hermano que quedó hecho cisne, que fuese guidor de le levar á aquellos lugares do tales reptos ó tales fuerzas se facian á las dueñas, en cualquier tierra que acaesciese; é por eso hobo nombre el caballero del Cisne, é así le llamaban por todas las tierras do iba á lidiar, é no le dician otro nombre sino el caballero del Cisne; pero que hobo otro nombre cuando lo bautizaron, ca le mandara su madre poner Popleo, ca hobo así nombre su abuelo, padre de su madre. Mas porque le diera Dios esta gracia, é le diera á aquel cisne su hermano por guardador é por guidor, nunca quiso que le llamasen sino el caballero del

Cisne; é cuando este cisne lo levaba iban en un batel pequeño, é levábanlo en esta guisa: tomaban aquel batel é levábanlo á la mar, que era muy cerca de aquella tierra do había el condado su padre; é desde era en la mar ataban al batel una cadena de plata muy bien fecha, é demás desto, ponian al cisne un collar de oropel al cuello, é tomaba el caballero su escudo é su fierro de lanza é su espada, é un cuerno de marfil á su cuello, é desta guisa le levaba el cisne por la costera de la mar fasta que llegaban á qualquier de aquellos rios que corriese por aquellas tierras do él hobiese á lidiar. E desta manera lo levó este cisne fasta la costa de la mar, fasta do caie el rio del Rin en ella, é luego fueron por el rio arriba fasta que llegaron á una ciudad que es en el imperio de Alemania, á que dicen Maenza; é allí lidió este caballero del Cisne con un duque de Sajonia, á que decian Rainer, por un repto que fuera fecho contra una duquesa, á que decian Catalina, é era duquesa de Bullon é de Lorena. E este repto fué fecho por razon que tenia este duque Rainer forzada á esta duquesa todo su ducado. E esta lid fué cerca de aquella ciudad de Maenza, ante el emperador de Alemania, é venció é mató este caballero á aquel duque Rainer; por que cobró aquella duquesa Catalina toda su tierra, segun lo cuenta adelante en esta hestoria. E por esta razon dió el Emperador por mujer á este caballero del Cisne una hija que había esta duquesa, á que decian Beatriz, é era parienta del Emperador, é casó con ella con tal condicion que nunca le preguntase cómo había nombre ni de cuál tierra era. E este caballero del Cisne hobo en esta Beatriz una hija, á que dijeron Ida. E la duquesa Catalina, desdeque vió que su hija era casada con aquel caballero que le ficiera cobrar su tierra, dió los ducados á su hija é ella metióse monja. E este caballero del Cisne fué llamado duque por razon de su mujer la duquesa Beatriz, é vivió con ella en los ducados bien diez y seis años muy vicioso é muy á su placer, fasta que le preguntó su mujer cómo había nombre é de qué tierra era, é por esta razon se hobo de partir della; é el cisne vino por él é levólo de guisa que lo trujiera, é tornólo do lo había traído, é vivió con su padre fasta que murió. E aquella su hija fué casada con el conde de Boloña, que había nombre Eustacio; é este Conde hobo en esta Ida tres hijos, Gudufre é Eustacio é Baldovin, que pasaron á tierra de Ultramar; é fué Gudufre, el mayor, rey de Jerusalem, segun lo cuenta la hestoria.

CAPITULO LXIX.

Cómo el duque Rainer tenía tomada por fuerza la tierra de la duquesa de Bullon.

Cuando andaba la era de la encarnacion del Señor en mil é treinta é cinco años, hobo un rey en Alemania, que fué emperador de Roma, que llamaban Otto. Este fué en su tiempo hombre de mucha verdad é de buena vida, é que facia en su tierra derecho é justicia. Mas en el tiempo que era él niño, que no había aun veinte años cumplidos, era un duque en su imperio, que era señor de una tierra que llamaban Bullon é de Lorena, que había nombre Bortolot, é casara con una parienta del Emperador, que había nombre Catalina; é

había de parte della las tierras que llamaban Ambaim é Lorena é Brabante, que son muy ricas é de muy gran poder; mas no tenía de aquella duquesa sino una hija, que era muy hermosa á gran maravilla, á que llamaban Beatriz. El Duque su marido mientras vivió defendió muy bien su tierra de sus vecinos, como aquel que era buen caballero de armas é mucho esforzado é de gran seso; mas cuando él murió quedó su mujer la Duquesa, viuda é de grandes días, con aquella hija doncella. E entonces en aquella tierra ya dicha había un duque de Sajonia, á que decian Rainer; é este era muy poderoso hombre de linaje; así que, de la tierra que llaman Baviera fasta el rio del Rin no había conde ni duque ni alto hombre que su pariente no fuese; é sin todo esto, era muy rico de tierras é de haber; é era muy mayor de cuerpo que otro hombre muy gran pieza, de manera que semejaba gigante, é era muy buen caballero de armas además; así que, lo uno por su grandeza, é lo otro por su fortaleza é por su gran poder, é lo otro por la bondad de armas que sabian que había en él sobre cuantos otros caballeros en la tierra había, no osaban lidiar con él quatro caballeros ni entrar con él en campo. Pero era hombre fermoso segun la grandeza del cuerpo, é era hombre de buenas maneras en las cosas; mas tanto se atrevia en sí mesmo, é en el poder, é en el linaje donde venia, é en la gran mejoría de armas que de otro hombre sentia en sí, que fué tan grande la soberbia que le creció, que fué una gran maravilla, porque se hobo á extender á facer muchas soberbias é muchas fuerzas, é sin todo esto, era muy cobdicioso. E por ende, la soberbia é la cobdicia le ficieron que cuando murió aquel duque Bortolot de Bullon é de Lorena, que ya dijimos, cobdiciando él aquella tierra que le caía como en la entrada de Alemania, que él había gran gana de destruir; ca había guerra con el Emperador, é esto era contra derecho, ca el Emperador era su señor natural; mas la gran soberbia con la codicia le hizo facer esto, é cuando él vió que no quedaba en aquella tierra señor natural ni quien la amparase, sino aquella dueña viuda é su hija, pasó con gran gente en barcas el rio que llaman Rin, é tomóle la tierra por fuerza é sin derecho, diciendo que el Emperador gela diera, lo cual era mentira. Verdad es que el Emperador enviara por él que viniese á cortes, é él vino muy apoderado de gentes, ca se atrevia á él, porque era muy pequeño. E estando en cortes, demandóle aquella tierra que él había forzado é tomado á aquella dueña, como en manera de facer paz con él; é el Emperador non gela quisiera dar, veyendo que era contra derecho, mayormente que la dueña era su parienta; mas aconsejaronle que gela otorgase; é él otorgógela como en puridad, habiendo miedo grande que él correria la tierra, é de otra parte esperando que aun vernia tiempo que gela quitaría; pero no fué tan secreto, que se no acertaron algunos de sus ricos hombres é de los sus prelados.

CAPITULO LXX.

Cómo la duquesa de Bullon é su hija vinieron á las cortes del Emperador, é se querellaron del Duque.

Ese duque Rainer de Sajonia, de que vos dijimos, teniendo forzada desta guisa que ya oistes á esa duquesa

de Bullon é de Lorena la tierra, como dicho es, é la dueña en todo este tiempo, ibanlo siempre muchas veces á querellar al Emperador; é él facia venir ante sí al Duque, é preguntábale por qué tenía aquella tierra forzada á aquella dueña, é el Duque deciale que era suya por derecho, é si alguno tan ardidado había ahí, ó dos ó tres, que le quisiesen decir de non, que él combatiría con ellos é gela lidiaria é les faría decir que era así como él decia. El Duque era tan denodado en armas, que ninguno no se osaba atrever á le responder ni á tomarse con él, así como ya oistes; é por eso perdía la Duquesa su derecho, ca el Emperador no le podia dar la tierra, segun esas costumbres de esa sazón, á menos de probar que era suya ó dar quien lidiase por ella; é la dueña non podia complir ninguna destas cosas, con miedo del Duque. Otrosí el Emperador non gela podía facer haber, pero que sabia bien que rescebia muy gran tuerto; pero, con todo eso, no dejaba la buena dueña de querellarse al Emperador en todas las grandes fiestas é á todas las cortes que facia, é mostrábase ante todos sus ricos hombres é ante sus prelados, llorando con muy gran cuita, é todos habían della gran lástima en sus corazones; é maguer que algunos que la amaban le aconsejaban muchas veces que dejase aquella demanda é que se aviniese con el Duque, é tomase aquello que él le quisiese dar, é que le valdria mas que no andar así con querella por el mundo, no cobrando derecho, é recibiendo deshonra é pérdida, é no otra cosa; ella nunca lo quiso facer, habiendo esperanza en la palabra que nuestro Señor dijo, que él era defensor de las dueñas forzadas é desheredadas é de todos los huérfanos, é que no los desampararía al tiempo de la cuita; é por ende, ella, que tenía esperanza en su corazon la mejor que ser podría, é venia siempre querellarlo al Emperador, atendiendo que, pues que él, que era señor de la tierra é la debía tener á derecho é non podia, que nuestro Señor le guisaria aun porque lo pudiese facer, é ella cobrar lo suyo. Donde avino así: que una cinquesma hizo cortes aquel Emperador sobre dicho en una ciudad muy antigua, que agora llaman Maenza; é vinieron ahí todos los mas é los mejores de los altos hombres é de los caballeros del imperio de Alemania é de Sajonia é de Bavera é de Luana, é de Ostarica é de Sueva; é de todos los condes, duques é marqueses, é los hombres honrados de aquellas tierras, vinieron ahí; é entre todos vino ahí el duque Rainer de Sajonia con bien siete condes, todos de su linaje, así como primos é segundos cormanos. Estos eran hombres poderosos é buenos caballeros de armas todos; é traian muy gran caballería además consigo. Muchos obispos vinieron á aquella corte é abades benditos é frailes, é otros hombres de muchas maneras; los unos por ver la fiesta grande é los hechos que se ahí farian, é los otros por ganar ahí algo, los otros por haber derecho de los tuertos que rescebieran; mas entre todos los otros vino ahí la dueña duquesa de Bullon, é trajo su hija Beatriz, é con poca compañía, como aquella que todo cuanto en el mundo había despendiera yendo é viniendo á la corte del Emperador, é demandando derecho é non lo pudiendo alcanzar; é había puesto en su corazon que si de aquella vegada no lo alcanzase, que no fincase mas en el

siglo ella ni su hija, mas que tomarian orden. E teniendo ese emperador Otto cortes en Alemania, en esa ciudad de Nimeya (1), y seyendo ahí llegados todos los altos hombres de su imperio, é todas esas compañías que á las cortes vinieran tan sonadamente, segun que habédes oído, acaesció así: que aquel día de cinquesma, despues que el Emperador oyó la misa, vino para su palacio, que era muy grande é muy ricamente obrado, é estaba sobre el rio del Rin. E cuantos honrados ahí había fueron ayuntados delante del Emperador, é vino el duque Rainer de Sajonia é la duquesa dicha de Bullon, que viniera en la guisa que oistes; é tomó su hija por la mano é vino ant'el Emperador, é comenzó á facer su querella ante él, é rogarle é pedirle merced á él é á cuantos allí eran, que no quisiesen que así fuese desheredada de lo suyo sin derecho. El Duque decia así al Emperador: que aquella tierra no la debía haber la dueña, ca él la tenía en su poder é en su tenencia; é demás, que él mesmo gela otorgara ante algunos de sus ricos hombres é delante su chanceller, é que por eso ficiera paz de la guerra que entre ellos había; é que de allí adelante no se trabajase, ca por ninguna manera no habría la tierra sino por batalla, si la quisiese haber ó hobiese quien la quisiese facer por ella.

CAPITULO LXXI.

Cómo el caballero del Cisne aportó á la ciudad de Nimeya.

Sobre estas razones que hobieron la duquesa de Bullon é el duque de Sajonia ant'el Emperador é ante su corte, en la manera que oído habeis, habiendo el Emperador su consejo con los altos hombres que ahí eran, ellos aconsejaronle lo que le habían ya aconsejado otras muchas veces: que mandase al Duque que probase que tenía con derecho aquella tierra, ó que la dueña diese quien lidiase por ella; é por cualquier destas dos cosas la había perdido la dueña; ca el Duque era tan temido allí, que podría bien probar toda cosa que quisiese, tan bien verdad como mentira. De la otra parte, no osaba ninguno lidiar con él; ni aun aquellos caballeros que eran vasallos de la dueña é que tenían tierra della decian que ante la dejarían que entrar con él en campo. Estando el Emperador é los que con él eran en este acuerdo para dar el juicio por que las dueñas perdiesen la tierra, pues lidiador no había, nuestro Señor Dios, que es muy piadoso contra los forzados é que derecho é merced piadosamente demandan, hobo piedad destas dueñas é oyó sus ruegos dellas é las sus oraciones, porque no pudiesen por fuerza perder lo suyo, lo que por todo derecho libre é quito debían haber; é el Emperador estando á unas finiestras del su palacio sobre el rio del Rin, acordando con aquellos hombres honrados de su corte que ant'él estaban por dar el juicio desta razon que era entre el duque de Sajonia é la duquesa de Bullon; é el Emperador estando en este fecho, cató el rio arriba, contra la parte de oriente, é vió venir un cisne tan grande como otros tres podrían ser, é traía una cadena de plata al cuello con un collar muy fermoso de oro é muy bien fecho, é tiraba un batel muy fermoso

(1) Parece que debió decir *Maenza*; pero así está en el que nos sirve de original.

é muy bien fecho, labrado á gran maravilla; é en el batel venia un caballero acostado, é tenia cabe sí su escudo é su lanza é su espada muy fermosa é muy bien guarnida, é era vestido de un jamete blanco, garna-cha é sayo, mas no traia manto, é traia colgado al cuello un cuerno de marfil, labrado con oro é con piedras preciosas muy ricamente, é la cuerda de que colgaba era otrosí de oro. Aquel cuerno tañe el caballero cuando el cisne andaba menos una vez que otra; é luego que el cisne oia la voz del cuerno, que era muy clara é muy sabrosa de oír, cresciale corazon é andaba mas do tanto que ante. E así vino desde la tierra del conde Eustacio, su padre, onde moviera por apercebimiento de la gracia que nuestro Señor le tuvo otorgado, é fué en ayuda de aquella dueña, guiándolo aquel cisne, é levándolo desta guisa que dicho habemos: por la costa de la mar fasta do cae el rio del Rin en ella. Toda la gente de la ciudad comenzó á salir allá corriendo por ver aquella tan gran maravilla; é el Emperador mesmo descendió de aquellas finiestras del palacio do él estaba, á un postigo que ahí habia, que salia al agua, é falló qu'el caballero, que estaba ya enhiesto en el batel é queria salir. Mucho lo resebió bien el Emperador cuando llegó á él, é con gran alegría, é plugóle mucho con él; é porque le semejó que habia vergüenza de que no traia manto, tomó el suyo é cubriógelo, é tomóle por la mano para sobirlo al palacio do él estaba; é tornóse el caballero hácia el cisne é díjole así: «Vé tu vía, é á Dios te encomiendo, é cada vez que te yo hobiere menester tráeme mi batel.» E el cisne, luego que aquello oyó, tornóse por aquel lugar por do viniera; así que, á poca de hora lo perdieron de vista cuantos lo miraban. E desta aventura fincaron todos muy maravillados; é el emperador Otto subió al caballero consigo al palacio, é cuantos en la corte habia é en la ciudad eran lo iban á ver á muy gran maravilla, ca tan fermoso era é de tan buen parecer, que no semejava sino cosa espiritual entre los otros hombres; é el Emperador lo quisiera asentar á par consigo, mas él no quiso sino asentarse á sus piés; é asaz trabajó el Emperador por saber cómo le decian ó de cuál tierra era ó de cuál linaje, mas nunca pudo dél saber ál sino que viniera allí por servir á Dios, é honrar á él é á su corte. En cuanto él así estaba vinieron aquellos hombres honrados que habian de librar el pleito de la dueña de que ya oistes, é del duque de Sajonia; é dijieron así al Emperador: que daban por juicio que si aquella duquesa no pudiese probar que el duque de Sajonia le tenia por fuerza la tierra, ó no diese quien lidiase por ella, que el Duque la hobiese libre é quita para siempre. Cuando la Duquesa oyó este juicio fué tan cuitada, que mas no podría ser, ca bien sabia que ninguna destas dos cosas no podría ella haber, la prueba, ni quien por ella lidiase; é por ende tomó la fija por la mano é fuése con ella para el Emperador, é fincaron los hijos ant'él, llorando muy de corazon é pidiéndole merced por Dios que mandase algun caballero de su casa que ficiese aquella batalla por ella. El Emperador cuando esto oyó, é vió cuán horosamente las dueñas mostraban su querrela é la facian, hobo muy gran piedad en su corazon; así que, comenzó de llorar, con muy gran lástima que hobo dellas;

ca bien entendia que en su corte no habia caballero que aquella batalla por ellas osase facer; é de la otra parte, sabiendo muy bien, otrosí, que á la dueña se hacia gran sinrazon, é veyendo que él non gelo podia facer emendar maguer que era su parienta; é él mesmo, que era emperador é señor tan grande, el Duque no le temia ni le habia miedo; é otrosí, veyendo que la dueña no podría contra el Duque probar la fuerza de la tierra, é que por fuerza le convenia fincar desheredada della; é por ende, magüer que della gran pesar habia é muy gran duelo, no les pudo dar otro consejo, salvo que dijo así á la dueña que no se quejase, pues que entendia que por él ni por otro no podia haber cobro, é que esto que lo dejase á Dios, ca aun les daría ayuda é fuerza por que ellas cobrasen lo suyo. El caballero del Cisne, que estaba á los piés del Emperador oyendo las querellas que la dueña é su fija facian é las cuitas que ahí mostraban, é otrosí el pesar qu'el Emperador dello habia, é lo que decia contra ellas; entendiendo bien en su corazon que las dueñas recibian tuerto, levantóse en pié é dijo así al Emperador: que le rogaba é le pedia por merced que le ficiese bien entender el pleito de aquella dueña é lo que decia; ca, segun ella en su razon decia, si ella tamaña fuerza recebia como allí mostraba é daba á entender, que él tomara aquella batalla é lidiaria por ella, é que por aquella mengua no fuese ella desheredada ni peresciese su derecho si lo tenia; para lo cual ante queria bien saber por cierto si tenia verdad ó si no, que la batalla otorgase ni ficiese jura por ella. A estas palabras que el caballero del Cisne dijo, todos los del palacio se levantaron é vinieron corriendo á aquel lugar, por entender lo que el caballero decia.

CAPITULO LXXII.

De cómo la Duquesa rogó al caballero del Cisne que lidiase por ella, é le dijo la verdad del fecho.

Quando la Duquesa esto oyó que el caballero del Cisne dijo, ante que le respondiese á ello ninguna cosa el Emperador, levantóse ella muy apriesa delante el Emperador do estaba, con su fija por la mano, é fincaron los hijos ant'él, é dejáronse caer á sus piés por gelos besar; mas el caballero non gelo sufrió, antes se tiró afuera é tomólas por la mano é levólas dende. En esa hora la Duquesa tomó al caballero por la mano é apartólo fuera, llorando muy grave de los ojos ella é su fija, é contó al caballero todo aquello como pasara con el duque de Sajonia, é en cómo le tenia el Duque toda su tierra tomada por fuerza, é que lo sabia el Emperador é los de su corte muy bien, á quien lo querellara ella muchas veces, é que nunca ende pudiera alcanzar derecho, por razon qu'el Duque era tan fuerte é tan cruel é tan poderoso, de tierra é de parientes é de vasallos, é su gran valentía, en que se atrevia, que por el Emperador ni por hombre ninguno del mundo non daba nada ni podia lo suyo haber cobrado; é díjole cómo aquella tierra era suya de derecho, bien del tiempo del quinto abuelo, de que ella tenia las cartas de sus nombres escritos en ellas; é que siempre la tovieran é la heredaran derechamente aquellos de donde venia, de quien ella heredara, todós por línea derecha de padre á hijo fas-

ta ella, é que ella mesma habia seido en la tenencia bien cuarenta años sin ningun embargo; é que el Duque no habia en ello derecho ninguno, ni lo demandara nunca, ni lo debia haber, salvo que cuando viera que se le muriera el marido é que fincara ella viuda, é que no habia quien gola defendiese ni quien tomase la razon contra él, é que entonce, que fuera é que se entrara en ella por fuerza; é que esto sabia el Emperador é cuantos eran en la tierra que era así; é que por ende, bien fiaba ella, por la merced de Dios é por la verdad que ella tenia, que si él esta batalla tomase por ellas, que venceria, aquella soberbia del duque de Sajonia seria destruida, é que nuestro Señor, que es justo en todo, mostraria su juicio de la su sentencia cual él es. E díjole mas: que si, por su gran bondad, la su merced fuese de esta batalla querer facer por ellas, que no entendiese que la facia por mujeres de vil linaje ni pobres, mas de gran alteza de sangre é de poder, como quier que todos los mas altos hombres donde ella venia fuesen ya muertos; mas por dueñas muy complidas en todo; é comenzóle luego á contar de su linaje, así como de Rinalt, hijo de Aymonte, que fuera su abuelo, é amos muy altos é muy poderosos hombres, é Gudufre de la Gran Barba otrosí, duque de Bullon, que fuera su padre; el otro Gudufre Boca, que fuera su hermano; así que, este su hermano é ella nascieran de un vientre; é que todos fueran muy buenos caballeros de armas é muy conquistadores de tierras é muy defendedores de lo suyo; así que, aquel su hermano conquiriera la tierra de Jerusalem é el ducado de Lorena é de Sandron, é que aun ella mesma lo heredara dél; é ella que fuera casada con el duque de Mascon, que hobo nombre Bertolot, que fuera mucho honrado hombre, é que hobiera dél aquella fija que allí tenia, que debía ser señora del ducado de Bullon, é que todas las otras tierras debía ella haber por derecho de parte de su linaje; é por ende, así como él era cumplido de toda bondad é de toda medida, que le rogaba é le pedia por Dios é por merced que no dudase de tomar aquella batalla por ellas, é que hobiese lástima de tamaña fuerza é tamaño tuerto como resebian; ca bien fiaba ella en la virgen santa María, que era abogada de todas cuantas desamparadas eran, é en el gran poder de su hijo, nuestro Señor Jesucristo, que él venceria aquel duque tan soberbio é que tan poco temia á Dios, é á todo el mundo tenia en pbeo; é en esto dejáronse caer amas la madre é la hija á sus piés, llorando muy fuertemente, é rogándole é pidiéndole merced desta guisa que oido habédes.

CAPITULO LXXIII.

Cómo el caballero del Cisne otorgó á la duquesa de Bullon é á su fija que lidiaria por ellas.

Quando la dueña toda su razon hobo acabado é los pedimientos que facia al caballero del Cisne, de las querellas que le mostraba, é le hobo contado su linaje é su hacienda toda, segun por la hestoria de suso es dicho; é el Emperador, que estaba bien cerca dellos, en guisa que oyera bien cuanto la dueña dijiera, otorgó al caballero todo cuanto ella habia dicho allí, que era toda verdad, bien así como ella decia, é que lo sabia él

muy bien que era así; é aun dijo mas, que era su pariente bien acerca, como quier que lo ella no nombraba ahí por pariente; é esto ficiera la dueña por razon que el Emperador no se metiera á la ayudar como á parienta en aquel fecho, é por eso non lo quiso nombrar ni mentar por pariente entre los parientes, maguer que era como desamparada. El caballero del Cisne, cuando esto hobo entendido muy bien todo el fecho como era, fué muy alegre, é dijo al Emperador en alta voz, ante cuantos en la corte estaban, que le pedia por merced é le rogaba que toviese aquella dueña en justicia, é que no resebiese sinrazon en tan honrada corte como la suya era, é que de allí adelante, que él queria ser su abogado é razonar el pleito suyo, é meter las manos é lidiar por el derecho della é de su fija, si menester fuese, por cuantas maneras fallase por derecho; que la dueña rescibia sinjusticia, é que el duque de Sajonia le tenia la tierra forzada sin razon é sin derecho, é por dar á entender que no se queria tirar afuera de lo que decia, dió al Emperador la punta del manto, en señal que llaman en Francia gaje, que quiere tanto decir como prenda para no poderse tirar afuera de lo que se prometiese de cumplir. E luego mostró nuestro Señor señal de gran miraglo; ca á la hora que él esto hobo dicho, luego le fueron fiadores para facer la batalla cuatro duques é siete condes, maguer que él era extraño é no lo conocian ni sabian quién era ni de cuál tierra.

CAPITULO LXXIV.

Cómo el duque Rainer otorgó que lidiaria con el caballero del Cisne, é dio al Emperador su gaje.

Rainer, duque de Sajonia, que estaba al cabo del palacio en tanto estas razones ant'el Emperador habian, cuando oyó contar las palabras que el caballero del Cisne habia dicho, é supo en cómo habia dado gaje para lidiar con él, hobo tan gran pesar é tan gran saña en sí, que por poco no perdió el seso; é vino muy presto allí do estaba el Emperador, é comenzó á fablar así como hombre bravo é desacordado, é dijo así á altas voces, que todos los de la corte lo oyeron: «Varones de Alemania é de las otras tierras que aquí sódes ayuntados á estas cortes, entended mi razon. Esta tierra sobre que esta dueña que aquí está me mueve este pleito, é aquí me trae por ella, é por quien este caballero responde é dice que lidiará conmigo por ella en esta razon, si menester fuere; digo yo que la tierra es mia quitamente, sin otro apartamiento ninguno que tenga en ella comigo dueña ni caballero ni otro hombre del mundo; é yo la tengo en mi tenencia é en mi poder gran tiempo há por tal é desta guisa que dicho he; é el Emperador, que allí está, digo que me la dió é me la otorgó por mia, é sobre eso nos avenimos é fecimos paz de la guerra que entre nos era; é esto saben muy bien el obispo don Reiner, de Coloña, é el duque de Lembrot, é el obispo de Spira, su chancellor; é demás, teniendo yo entrada la tierra en mi poder, como la tengo, é estando en ella apoderado, como estó, digo que me no quiero desamparar ni la dejar por razon ninguna; ante digo que la dueña la ha perdido para siempre, é desde aquí adelante faga cuanto facer pudiere ella é cuantas ayudas